

ACTO DE APERTURA

25 de marzo de 1992, Paraninfo de la Universidad de Alicante

JOSÉ CARLOS ROVIRA

En nombre del comité científico y del comité ejecutivo de este I Congreso dedicado a Miguel Hernández, quiero decirles:

Conmemoramos el 50 aniversario de la muerte de un poeta y 50 años son muchos –o pocos, según queramos mirarlos– para tener una visión clara de lo que ha podido significar su obra. Sabemos ya en bastante medida quien fue el escritor, conocemos las trágicas circunstancias que lo acompañaron durante toda su vida, sabemos lo que escribió y lo que su obra significa para una parte de la historia sentimental y cultural de toda una época que le sucede en el tiempo de la tragedia. A cincuenta años de distancia quizá sea el momento de reflexionar fundamentalmente sobre su obra, precisamente porque este tiempo nos puede dar una perspectiva nueva.

Un poeta está vigente si tiene lectores y no parece que el tiempo hernandiano, en ese sentido, haya pasado: las ediciones se siguen sucediendo, los anuncios prometedores y los escritos de los críticos afianzan la continuidad de una meditación duradera. Un cincuentenario es una ocasión para recapacitar sobre aquel tiempo poético, tan escaso, que vive Hernández, y, sobre todo, sobre el tiempo posterior. Apenas diez años de escritura poética y, luego, la implantación de un conjunto de silencios que lo hicieron paradigma de los años de penitencia. Más tarde, el rescate por la cultura resistencial, el rescate crítico por la reflexión universitaria y el rescate imparable de los lectores.

En medio, homenajes truncados, vividos con prohibiciones. Canciones compuestas con sus poemas; y una historia de miedos. Luego llegó un tiempo en el que la historia, menos mal, era de otra manera. Y la reflexión tenía que serlo también. Nuevas estéticas, surgidas en los años 70, arrumbaban, con un cierto desprecio, lo que se llamaba «poesía del realismo». En el centro del arrumbamiento, nombres como el de Hernández podían parecer propicios para desprecios y destrucciones. Pero había que mantener una cierta atención hacia aquel muchacho, hacia aquel cabrero, que en 1934 había apostado por la poesía pura, o por el hermetismo gongorino. Era curioso encontrar al exaltado cantor de Pasionaria, al rotundo propagador de hoces de rebeldía y martillos de protesta, aliado antes al hermetismo barroco, a la tradición amorosa cancioneril, el lenguaje amoroso de San Juan de la Cruz, al teatro de Calderón, a la restitución de los villanos de nuestro Siglo de Oro a través de la lección de Lope, a una trascendencia quevediana del amor y la muerte, a un conjunto de etcéteras por tanto que resumían –parecía difícil desde sus presupuestos, su formación y su breve escritura (siempre hay que recordar que murió a los 32 años)– un recorrido continuo entre propuestas estéticas que significan, desde la poesía pura a la del compromiso, el tránsito estético de nuestros años treinta.

Y un poeta joven, desde sus ingenuidades textuales, cogido a un lápiz y a muchos papeles, conseguía ir abriéndose camino, desbrozando la selva de la ingenuidad inicial, entrando en una tensión estética que resume –no parece que haya un caso igual– un decenio de vida, cultura e historia de nuestro siglo. Quedará este decenio y quedará este poeta en medio de él. Por su tensión cultural, aquélla que alguno pensó que lo ahogaba; o por su trabajosa espontaneidad, la que consiguió emborronando, tachando, rehaciendo continuamente sus propuestas y sus poemas. Se dieron cuenta de esto algunos contemporáneos. Juan Ramón Jiménez, probablemente, el primero de todos, al saludar *El rayo que no cesa*: «que no se pierda esta voz, este aliento, esta joven presencia de España», dijo Juan Ramón entonces.

Las personas que han organizado este Congreso –su comité científico y su comité ejecutivo– han mantenido desde el momento en el que se puso en marcha la primera convocatoria una atención primordial para que las sesiones que a partir de hoy vamos a iniciar abrieran la posibilidad de una reflexión contrastada, que recogiera, en personas y contribuciones, las diferentes etapas por las que los críticos de la obra hernandiana fueron estableciendo su opinión.

Y están hoy aquí personas que, al poco tiempo de la muerte en 1942 del poeta Miguel Hernández, comenzaron a elaborar con sus trabajos una primera hipótesis acerca de cómo había sido aquel joven escritor que pasó por diez años de la historia de la poesía española con la suficiente entidad y el suficiente drama para que nadie pudiera dudar de su veracidad y su significado. La reflexión de varios años inmediatamente posteriores a su muerte se nutre de esa emergencia crítica que tiene aquí representada a personas que empezaron a escribir muy pronto acerca de lo que Miguel Hernández podía significar.

En esa apuesta inicial por la reflexión sobre el poeta Miguel Hernández está la génesis también de lo que este Congreso quiere plantear: si conseguimos recoger un ciclo de reflexión crítica que empieza a los pocos años de la muerte del poeta y acaba, o empieza también, ahora mismo, estaremos realizando un planteamiento riguroso hacia el futuro. Y ese planteamiento será serio en la medida en que pueda asumir una nueva responsabilidad. Hernández es indiscutiblemente uno de los poetas, quizá el mayor, que ha tenido una dimensión popular más rotunda en años no muy lejanos: el Hernández cantado o recitado en las voces de la clandestinidad y la oposición a un régimen es indiscutiblemente un saldo rotundo para cualquier escritor que, como él, en medio del fragor de una guerra, pudiera explicar su actitud solamente con un «me metí pueblo adentro». Ese Hernández del compromiso de la poesía, que nos dejó constancia de que una época y un poeta acababan en una cárcel, es un patrimonio moral y cultural que todavía hoy algunos seguimos considerando irrenunciable.

Pero cincuenta años después de su muerte, cuando la poesía siguió existiendo, cuando las circunstancias históricas dejaron de tener que ver afortunadamente con aquellas otras, lamentables, que determinaron los últimos años de su vida, sería limitar a un poeta seguir leyéndolo predominantemente en una clave centrada por aquella historia. Queda en él, en cualquier caso, un esfuerzo poético sorprendente hacia el que, partiendo del hermetismo y la poesía pura hasta llegar al autobiografismo final, debemos seguir acercándonos en su integridad. Un esfuerzo poético el suyo que, como ya explicó algún crítico, es ejemplar para entender el mismo tránsito de la poesía española en los años treinta. A ese Hernández nos vamos a intentar acercar en los próximos días y hay suficientes intervenciones en el Congreso para hacerlo, para redimensionar incluso algunos intentos, como el teatral, que están al lado de un esfuerzo de escritura sorprendente. Aquel joven poeta, que se nos murió de historia, escribió en su conjunto varios miles de

páginas en poco más de diez años: «Algún día mi corazón quedará helado en varios tomos», escribió una vez. Sobre la escritura, fundamentalmente sobre la escritura, vamos a hablar en los próximos días.

En el desarrollo de las convocatorias de este Congreso se ha pretendido que pudiera ser lo más amplio posible. No buscábamos cerrarlo en los límites de un seminario sobre su obra, sino abrirlo prácticamente a todas aquellas personas que tuvieran algo que decir. La convocatoria ha sido lo suficientemente amplia para que llegue a muchos lugares. Y los que hoy están aquí atestiguan con su interés el sentido de esta reunión.

Vamos a intentar que el hernandismo sea a partir de hoy un espacio de reflexión crítica en el que podamos poner al lado sucesivos y múltiples contextos que el poeta vivió en cuanto contextos culturales: las ponencias y comunicaciones tienen precisamente esa orientación. Del Hernández rural, al Hernández épico, pasando por la poesía pura, por la existencialización barroca y llegando a la soledad de un hombre consigo mismo que determina su poesía final, hay muchas sugerencias, muchos matices de lectura que hoy tenemos la obligación de seguir discutiendo. En el fondo de todo está la necesidad de que el poeta popular siga siendo un punto de referencia creativo para la historia de nuestra literatura. Y no hay duda de que el poeta Miguel Hernández es el que, con la variedad de su obra, aporta todo lo necesario para que esto sea posible, al margen de gustos momentáneos, al margen de aprecio exagerados o de rechazos incomprensibles. Un poeta como Hernández sigue siendo una amplia sugerencia de lectura y, en cualquier caso, hará mal quien no lo entienda así.

Hemos intentado centrar en esta breve declaración algunos elementos de la reflexión que pensamos que en los próximos días debemos tener. El fin de los condicionamientos históricos que hicieron de la figura de Hernández un símbolo social debe seguramente abrirnos a una reflexión mucho más crítica sobre su obra, ajustando más concretamente su papel en la historia de la literatura contemporánea. Cuando sabemos que de eso se trata, no podemos dejar de concluir retomando, quizás porque es inevitable en nosotros, una valoración de un maestro de hispanistas, el profesor Oreste Macrí, quien hace bastantes años escribiera: «Rarísimos son los momentos de la historia de la poesía que coinciden con la historia humana de la libertad y de la verdad, aún cuando las dos historias sustancialmente coincidan; uno de tales momentos está representado por la “cárcel” y el “viento” de Hernández; sirva de ejemplo para las nuevas generaciones». Porque también con esta última idea está organizado este congreso.